

Primer Congreso Internacional de Historietas Viñetas Serias, septiembre de 2010,
Biblioteca Nacional, Buenos Aires, Argentina

De la desmitificación de la historieta a la historia del mito: una genealogía de Para leer al Pato Donald.¹

Mariano Zarowsky

Facultad de Ciencias Sociales (UBA), CONICET

marianozarowsky@yahoo.com.ar

Introducción

Sin duda el libro de Armand Mattelart y Ariel Dorfman marcó con su impronta el proceso de emergencia de los estudios en comunicación en América latina y, tal vez, también el de la historia cultural del continente. No obstante, con el correr de los años, Para leer al Pato Donald se transformó en una extraordinaria fuente de malentendidos para la memoria de los estudios en comunicación. Es que, más allá de algunas referencias generales a su inscripción en el contexto del proceso político cultural abierto con la elección de Salvador Allende y la Unidad Popular chilena (1970-1973), el libro fue leído sin atender las condiciones particulares de producción que le dieron origen y explican su significación. De allí que Para leer al Pato Donald ocupara el lugar de ícono de una época y de un momento del campo que, o bien se recordó con la nostalgia con la que se evoca con simpatía los pecados voluntaristas de juventud, o bien se ofreció como el ejemplo emblemático del “ideologismo”² que —en desmedro de la

¹ Este trabajo revisa y sintetiza algunas cuestiones planteadas en mi tesis elaborada para la Maestría en Comunicación y Cultura (UBA) sobre el itinerario intelectual de Arman Mattelart en el “laboratorio chileno” (1962-1973) (Zarowsky, 2009).

² La bibliografía sobre los balances y la polémica que desató Para leer al Pato Donald es extensa y no podemos mencionarla aquí. Sólo diremos que una revisión reciente del papel de Armand Mattelart a partir de la lectura del libro insiste en asimilarlo a posiciones “antiintelectualistas” (Varela, 2010: 780).

cientificidad o la autonomía de la investigación— habría caracterizado los estudios en comunicación en los años setenta. Lo paradójico es que, un libro que se proponía desmitificar la historieta más popular de Disney devino, a partir de ciertas interpretaciones textualistas y la reconstrucción ahistórica, en un nuevo mito.

Nos proponemos aquí, por el contrario, reconstruir las condiciones de emergencia de este texto emblemático, adoptando una mirada que, en el cruce de la historia intelectual y la sociología de la cultura, nos permita, para tomar la expresión de Carlos Altamirano, “dar cuenta del trabajo del pensamiento en el seno de experiencias históricas” (Altamirano, 2005: 10). Más específicamente, nos referiremos, por un lado, a la emergencia del libro en relación con el debate cultural que protagonizó la izquierda chilena durante el proceso de ascenso de la Unidad Popular (1970-1973) y, por otro, a la existencia en Santiago de Chile de una serie de espacios sociales de entrecruzamientos múltiples³ —entre la enseñanza universitaria, la investigación científica y la militancia política y cultural— donde se ensayaron formas novedosas de producción de conocimiento e intervención intelectual. El trabajo desarrollado por Armand Mattelart en estos espacios, en el Centro de Estudios de la Realidad Nacional de la Universidad Católica, y en particular en la Editora Nacional Quimantú, donde se dieron buena parte de los debates sobre las políticas culturales que recién mencionamos, explica en buena medida las condiciones que dieron nacimiento a *Para leer al Pato Donald*.

Quimantú: un proyecto editorial en el laboratorio chileno

En efecto, la llegada de la Unidad popular al poder produjo una conmoción en el mundo intelectual y académico chileno. Cientistas sociales, escritores, periodistas y cineastas, entre otros, de manera individual o colectivamente en el marco de formaciones culturales o espacios más institucionalizados, se vieron interpelados para revisar su lugar y función en el proceso de transformación que se iniciaba. El Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN) de la Universidad Católica de Chile, por mencionar uno de los espacios donde Armand Mattelart desempeñó diversas tareas (además de ser uno de sus miembros fundadores, fue docente, investigador, uno de los editores de los Cuadernos de la Realidad Nacional, etc.), se planteaba la intención de fomentar nuevas

³ Tomamos la expresión con la que Neigburg y Plotkin (2004) refieren a los espacios sociales heterogéneos en los que —cuando existen instancias de articulación y mediación— se produce el conocimiento sobre lo social.

condiciones de producción del conocimiento, en especial a partir de una búsqueda de nuevos vínculos con los actores del mundo social que implicaba, a su vez, redefiniciones de orden epistemológico en el campo de las ciencias sociales. Otro ejemplo que da cuenta de la existencia en Santiago de Chile de espacios de entrecruzamientos entre la actividad académica y las prácticas vinculadas a la elaboración de alternativas en materia de cultura y comunicación se dio a partir de la inserción de una cantidad importante de científicos sociales, docentes y graduados universitarios en el asesoramiento de la Editorial Nacional Quimantú. Esta casa editorial había sido adquirida por el Estado en febrero de 1971 a partir de un conflicto entre los trabajadores y los propietarios de la antigua Zigzag, que era por entonces una de las editoriales más grandes e importantes de Latinoamérica. Sin perder tiempo Quimantú emprendió un ambicioso proyecto editorial que de algún modo intentó modificar ciertas lógicas y procesos de producción de sus materiales culturales; aquellos dedicados al ocio, sobre todo las historietas, devinieron objeto de una intensa experimentación para la búsqueda de alternativas, en el marco de un debate más amplio sobre el carácter que debían adoptar las políticas culturales en un período de transición socialista “en democracia”. Como era de esperar, en este debate se manifestaron algunas de las tensiones y dilemas que atravesó el campo cultural de la época y, de alguna manera y visto desde esta óptica, el proyecto global de la vía chilena, pues Quimantú se enfrentó al desafío de contribuir a la creación de una “nueva cultura” en el marco —y con los materiales— de una industria cultural medianamente desarrollada, que desde hacía años conformaba los gustos y las expectativas de sus consumidores desde una lógica comercial y una particular visión de mundo.

A diferencia de lo que podía ocurrir con otros medios de comunicación —la prensa o la radio, donde cada partido o corriente política de izquierda podía tener su propio órgano de expresión—, en el seno de Quimantú se expresaron diferentes opciones en relación con la política cultural. La editorial fue dividida en una serie de departamentos cuya dirección respetaba el “cuoteo” con el que las fuerzas políticas que conformaban la UP se asignaban los espacios de gestión: el departamento editorial a cargo del escritor Joaquín Gutiérrez, del Partido Comunista, estaba dividido en dos secciones, una para las publicaciones de ficción y otra para las “Publicaciones Especiales”, ésta última a cargo de Alejandro Chelén Rojas, del Partido Socialista (Albornoz, C., 2005). También tenían su lugar en la estructura de la editorial las secciones destinadas a las revistas infantiles y educativas y las correspondientes a las

publicaciones informativas y periodísticas. En la publicación de libros se destacaba la colección “Quimantú para todos”, que se proponía ampliar el acceso de las masas a ciertos bienes culturales acercando, a bajo costo, las obras clásicas de la literatura, sobre todo latinoamericana, a un amplio público de lectores.⁴ En la sección de libros políticos se destacaron la colección dirigida por Alejandro Chelén Rojas, “Clásicos del pensamiento social,” que se proponía formar a los jóvenes cuadros políticos en los clásicos del pensamiento marxista (Punto Final, 1972), y los “Cuadernos de educación popular”, dirigidos por Marta Harnecker y Gabriela Uribe que, con el objetivo de “educar y elevar la conciencia de los trabajadores”, trataban aspectos centrales de la coyuntura política desde la óptica y la divulgación de los clásicos del marxismo leninismo (Harnecker y Uribe, 1971).

Los perfiles de las secciones y las publicaciones expresaron los diferentes énfasis que los partidos pertenecientes a la UP hacían en materia de política cultural. Aun a riesgo de simplificar podemos hablar, por un lado, de una línea representada en buena medida por el Partido Comunista, tendiente a la “democratización cultural”, que se planteaba la extensión de las posibilidades de acceso del pueblo a determinados bienes culturales y, por otro, de una línea representada por el Partido Socialista que pretendía promover la educación política con fines de concientización y movilización popular. No exageramos si decimos que las diferencias en materia de política editorial y cultural fueron una suerte de traducción de las divergencias en torno a la estrategia política general.⁵

Pero probablemente haya sido en el campo de las publicaciones masivas — revistas periodísticas, infantiles, historietas—, donde se plantearon de modo más explícito las divergencias de criterios para afrontar la tensión entre la “vieja” y la “nueva” cultura o, dicho en otros términos, el contraste entre las formas heredadas de la vieja editorial y los nuevos contenidos que se pretendía expresar. Como veremos a continuación, Armand Mattelart fue uno de los primeros en dar cuenta del problema.

⁴ Si bien señala la dificultad de acceder a estadísticas y documentación, Solène Bergot estima que Quimantú llegó a editar 11 millones de libros y a vender unos 10. Señala que Chile por entonces contaba con 8,8 millones de habitantes (Bergot, 2005).

⁵ En relación a su estrategia política general y a riesgo de ser algo esquemáticos, podemos decir aquí, brevemente, que los partidos que hegemonizaban la Unidad Popular eran el Partido Socialista y el Partido Comunista. Aun con diferencias, tanto Allende como el PC y otros partidos menores coincidían en un programa cuya estrategia se mantenía en el marco del sistema democrático, proyectando, según lo fuera permitiendo la acumulación de fuerzas, el tránsito gradual al socialismo. Por otra parte, sectores del Partido Socialista —que habían modificado su posición hacia una “vía insurreccional” a partir de la revolución cubana— junto al MIR (fuera del frente) proponían una estrategia insurreccional de enfrentamiento “clase contra clase” y la conformación de un “poder popular” (Moulián, 1993).

¿Qué es “recuperable” en los diversos medios que manejamos y qué definitivamente no lo es?, se preguntaba en abril de 1971, pocos meses antes de su incorporación a Quimantú, en los Cuadernos de la Realidad Nacional (Mattelart, 1971). En este artículo el autor belga formulaba una serie de interrogantes en relación con las condiciones para crear un medio de comunicación que acompañara el proceso de cambio y se preguntaba —en relación con las fotonovelas o los comics que tomaba como ejemplos— en torno a la posibilidad y eficacia de establecer modificaciones en los contenidos de los mensajes manteniendo inalteradas las formas; en otras palabras, se preguntaba por la conveniencia de sustituir por “nuevos valores” la visión “mistificada” de la realidad que suponía transmitían este tipo de publicaciones. ¿Acaso el “período de transición” tuviera alguna especificidad y fuera posible y conveniente —en el camino hacia la creación de una “nueva cultura”— utilizar las formas heredadas pero invirtiendo la orientación de sus contenidos? “Con la forma que manipulaba el medio burgués”, sintetizaba Mattelart el interrogante, se trataría paulatinamente “de hacer pasar un nuevo contenido”. El problema no era sencillo y no aceptaba soluciones fáciles; Mattelart advertía que esta posibilidad no podía ser aceptada sin indagar sus implicancias y presuposiciones pues, señalaba, recurrir a “formas expresivas creadas por la antigua sociedad” y “connotadas por su uso mercantil” para transmitir contenidos que nieguen los valores de dicho sistema, no dejaba de constituir una “contradicción cuyas diversas facetas y ramificaciones” llamaba a investigar.

El segundo eje que, a grandes rasgos, organizaba las propuestas de Armand Mattelart en materia de las publicaciones masivas se vinculaba a la idea de promover “talleres populares”, una serie de encuentros de evaluación que aspiraba a conocer no sólo el tipo de recepción por parte de los lectores sino, fundamentalmente, a integrarlos paulatinamente al proceso de producción de los mensajes. Partiendo del criterio que sintetizaba en el lema “la devolución del habla al pueblo”, Mattelart señalaba que los talleres populares permitirían quebrar la unidireccionalidad y el carácter cerrado, “envasado” de los mensajes, de modo que, “lanzado por su emisor a las ‘masas’ [retornaría] a su emisor, desalienado y enriquecido (...)”. De este modo se pretendía romper la estratificación al interior del proceso de producción de los mensajes, para que el grupo que estuviera encargado de la realización de una historieta, por ejemplo, discutiera “en conjunto la realización de su trabajo con un objetivo cultural explícito”. En su propuesta, Armand Mattelart imaginaba “talleres situados en poblaciones, barrios

obreros, nuevas unidades agrícolas”, con la idea de crear “nuevas estructuras comunitarias” donde insertar la práctica comunicativa.

De algún modo, las indicaciones señaladas aquí orientaron los primeros pasos en la modificación de algunas publicaciones de Quimantú. En efecto, al poco tiempo de la formulación de estas propuestas fue creada la “Sección de Investigación y Evaluación en Comunicaciones de Masas” y Armand Mattelart se incorporó a la editorial para dirigir el equipo que integraron René Brussain, Abraham Nazal y Mario Salazar. La sección, creada formalmente en agosto de 1971, tenía como tarea estudiar las publicaciones periódicas en Quimantú. Paralelamente se conformó en la editorial el Equipo de Coordinación y Evaluación de Historietas, un grupo integrado por jóvenes sociólogos y especialistas en literatura (algunos de los cuales habían sido alumnos de los seminarios de Mattelart o los cursos de Ariel Dorfman) que se propuso interactuar con guionistas, dibujantes y letristas para formular modificaciones en las historietas y adaptarlas a los objetivos del proceso cultural (Jofré, 1974). Los cambios propuestos iban desde la modificación de las formas y contenidos de las revistas heredadas de la editorial Zigzag —que por razones comerciales se seguían publicando— a la creación de historietas nuevas, con nuevos personajes, estructuras y conflictos que expresaban nuevas visiones de mundo y juicios de valor.

Sin embargo, pronto comenzaron a manifestarse las tensiones y dificultades. Algunas revistas vieron disminuir número a número su nivel de ventas, una situación que indicaba en parte el rechazo de los lectores al cuestionamiento de sus expectativas de lectura. También, dado que se emprendió su reorganización, afloraron conflictos al interior del propio proceso de producción de las publicaciones. El equipo de Coordinación y Evaluación de Historietas promovió ciertas modificaciones en la organización del trabajo con el fin de articular las distintas etapas de la elaboración, haciendo participar a los distintos profesionales —dibujantes, letristas, guionistas— en la discusión y concepción de las revistas. Los “asesores” (como decíamos, en general jóvenes sociólogos o graduados en literatura), daban cuenta de la dificultad para lograr que los realizadores aceptaran sus propuestas y modificaran tanto los contenidos y las formas como, y sobre todo, los modos de trabajo; en su representación, los guionistas y dibujantes, en su mayoría heredados de la antigua editorial, no comprendían los objetivos de las nuevas propuestas: reivindicaban la “libertad de creación artística” y rechazaban las nuevas reuniones de equipo, pues les resultaba un trabajo extra no remunerado. Por su parte, los asesores, se imaginaban a sí mismos como una suerte de

vanguardia concientizadora (Nomez, 1974). Por oposición, los “realizadores” entendían que “los sociólogos” “ideologizaban” y “politizaban” al extremo una historietas que en su opinión no debían dejar de cumplir con una función de entretenimiento. Por último y como si fuera poco, los obreros tipográficos, —de quien de algún modo se pretendía que fueran los primeros lectores y evaluadores del material— llegaron a señalar en alguna oportunidad a los “sociólogos” como los responsables de alterar sus expectativas de recepción, por ejemplo, al “vestir” a Tazán y desplazarlo a un espacio urbano; esta modificación, en la perspectiva de los asesores, se había propuesto para contrarrestar el efecto ideológico que se le atribuía a esta moderna encarnación del mito del buen salvaje (Navarro, 2003). El problema se acentuaba cuando los directivos o los mismos tipógrafos evaluaban que la alteración de los materiales causaba la caída de las ventas y con ello el peligro para la continuidad de la empresa.

Donald y las políticas culturales de la Unidad Popular

En este contexto en diciembre de 1971 fue publicado *Para leer al Pato Donald* por Ediciones Universitarias de la Universidad Católica de Valparaíso. En su génesis, se enmarcaba —de allí su excepcionalidad— en la trama de relaciones que se tejían entre la Universidad, la intervención cultural y la aspiración de los autores de dirigirse a públicos más amplios que los estrictamente académicos. Dorfman y Mattelart expresaban su intención de incluir a la ciencia como uno de los términos a analizar en su trabajo, no para negar su racionalidad o su ser específico sino para reformular sus condiciones (como también ocurría al interior del CEREN), planteándose la intención de “hacer la comunicación más eficaz” con el lector, pues entendían que la labor crítica suponía también una “autocrítica del modo en que se piensa comunicar sus resultados”. De allí que afirmaban que el lenguaje que utilizaban intentaba “quebrar la falsa solemnidad con que la ciencia por lo general encierra su propio quehacer”. Esta intención —en la que resuenan las orientaciones que había sugerido en abril de 1971 Fidel Castro en ocasión del Primer Congreso de Educación y Cultura cubano— convergía con la propuesta de los talleres que se desarrollaban al interior de Quimantú.⁶

⁶ Con la cautela que es necesario mantener frente a toda visión retrospectiva por parte de los actores involucrados, es significativo anotar el relato de Armand Mattelart sobre la génesis *Para leer al Pato Donald*. “Entonces, los obreros vinieron a buscarnos diciendo: es muy curioso, seguimos imprimiendo revistas que nos dan cachetazos; nos interesaría saber qué hay detrás de todo esto’. Y nos pusimos a trabajar con ellos. Habíamos comenzado a hacer talleres —y no solamente sobre Walt Disney— que

Pero por otra parte el libro se enmarcaba en una disputa político cultural muy precisa. La estatización de la editorial Zig Zag a principios de 1971 había encendido la alarma en los órganos de opinión de los sectores dominantes que, preocupados por los posibles efectos que las publicaciones de Quimantú podrían ejercer en niños y jóvenes, se dedicaron a cuestionar primero la estatización gubernamental y luego su política editorial. Teniendo en cuenta este escenario, llama la atención lo poco que han sido considerados por los críticos y comentaristas del libro los procedimientos intertextuales —más en la línea de la novela moderna que en la de los tratados científicos— con los que Para leer al Pato Donald integraba el discurso periodístico de sus adversarios y definía a sus interlocutores. No sólo las “Instrucciones para ser expulsados del Club de Disneylandia” anticipaban en la Introducción del libro las posibles críticas por parte de la prensa opositora; a lo largo del cuerpo del trabajo los autores incorporaban críticamente fragmentos de los artículos periodísticos con los que la prensa liberal intentaba deslegitimar la política editorial de Quimantú. Así, citaban fragmentos del diario La segunda (20 de julio de 1971) que a raíz de la aparición de la primera revista infantil de Quimantú anticipaba irónicamente que “Walt Dismey sería proscrito en Chile” y que “los expertos en concientización habían llegado a la conclusión de que los niños chilenos no podían pensar, ni sentir, ni amar, ni sufrir a través de los animales” (Dorfman y Mattelart, 1972: 12; subrayado MZ). En la misma línea, citaban un extenso fragmento de una nota de opinión de El Mercurio (13 agosto de 1971) que, bajo el título de “Voz de alerta a los padres”, llamaba la atención sobre los peligrosos objetivos que perseguía el Gobierno de la Unidad Popular que pretendía “crear una nueva mentalidad en las generaciones juveniles”. El artículo emprendía directamente contra los proyectos de Quimantú y los “seudo sociólogos” que, con su “lenguaje enrevesado” colaboraban como “personal extranjero” al servicio de una empresa del Estado que buscaba, mediante “procedimientos marxistas” el “adoctrinamiento ideológico” de los niños y jóvenes a través de las revistas infantiles (p. 80). Por último, los autores remitían en el cuerpo del texto fragmentos de otro artículo de El Mercurio que, en septiembre de 1971 denunciaba la aparición en Quimantú de una revista juvenil, señalando que “[p]or desgracia, el cultivo de la inmoralidad se realiza en medios de información que pertenecen al Gobierno” (p. 159). Como se puede apreciar, todos estos artículos, donde

intentaban propiciar una reflexión sobre estos productos que estaban, en definitiva, contra ellos [...] Nuestra primera preocupación no fue sacar un libro sino discutir con ellos en talleres en torno a las muchas preguntas que se hacían sobre este tipo de productos culturales” (Mattelart, 1996).

se atacaba explícitamente a muchos de los intelectuales y científicos sociales que trabajaban en Quimantú, habían sido publicados antes de la aparición del libro; la prensa de derecha era entonces uno de sus primeros interlocutores.

El debate a la izquierda

Pero a su salida Para leer al Pato Donald desataría la polémica en el propio seno de la izquierda, exhibiendo las tensiones que atravesaba el frente popular. Las objeciones al libro desde algunos de los sectores progresistas formaban parte del debate sobre el papel de la cultura y la vida cotidiana en el proceso de cambio y, más específicamente, sobre la política editorial de Quimantú. En abril de 1972 Carlos Maldonado, referente cultural del Partido Comunista chileno, publicaba un artículo en los Cuadernos de la Realidad Nacional donde objetaba, como reverso de cierta tendencia a la subestimación del factor cultural (que también criticaba) un elemento “altamente paralizante” que era la “desesperación en que caen sectores de la izquierda nada despreciables” que “gimotean por la falta de una política cultural”. Estos sectores intelectuales, según Maldonado, “atentan contra el proceso cultural”, aunque “aparecen como sus mejores espadachines” pues visualizan “la revolución cultural como un acto voluntarista, entendiendo el mundo de la conciencia sólo en cuanto a su autonomía”; de allí, continúa, que traten de “dotar de un poder que no tienen (y nunca alcanzarán) a los factores semánticos, los slogans publicitarios, los personajes de historietas o telenovelas (...)”. Maldonado subrayaba la “estrecha” relación entre “base” y “superestructura” para hacer hincapié en la heteronomía de lo cultural, concluyendo que no podía “entenderse la aparición de rasgos que anuncien una nueva cultura, sin estar asentados en la aparición de un nuevo tipo de relaciones sociales.” (Maldonado, 1972). La referencia de Maldonado a algunas de las experiencias de Quimantú y sobre todo al libro de Dorfman y Mattelart, Para leer al Pato Donald, era directa. En la misma línea, el escritor comunista Bernardo Subercaseaux escribía en el suplemento cultural de El Siglo (periódico de masas del PC) un extenso artículo polemizando con los autores. Si bien reconocía aspectos positivos, pues “indudablemente convencían” de que el mundo de Disney “no es un mundo inocente”, observaba que Dorfman y Mattelart caían en el error de suponer que el Pato Donald era responsable del triunfo o el fracaso de la revolución en Chile; los acusaba de “idealismo”, de concebir la lucha de clases exclusivamente como lucha ideológica y de ser ajenos tanto a la clase obrera como a la realidad chilena (Subercaseaux, 1972).

Subercaseaux planteaba sus diferencias en relación con la estrategia de combate ideológico y cultural que adjudicaba a los autores y, en parte, a la editorial Quimantú. Citaba un informe de Carlos Maldonado en la Asamblea Nacional de Trabajadores de la Cultura del PC donde éste afirmaba que no se trataba de “destruir o aniquilar las manifestaciones culturales del adversario”, sino de superarlas en calidad, en contenido y dar paso a una cultura digna de la futura sociedad socialista. Así cuestionaba algunas de las publicaciones de la editora estatal como las revistas Onda, Cabrochico, y Mayoría. En lugar de hacer una lectura ideológica de las revistas o proponer a los padres que no lean las historietas a sus niños, se preguntaba por qué no promover los trabajos voluntarios o la participación de los padres en los problemas educacionales. Subercaseaux proponía una estrategia cultural donde el combate ideológico debía enmarcarse “en una situación histórico concreta junto al combate político y económico”.

Como vemos, Para leer al Pato Donald también se inscribía en el debate al interior de la izquierda acerca de cuáles era las políticas culturales más adecuadas para la transición. Probablemente fueran las divergencias señaladas en torno a esta cuestión las razones por las que no encontró consenso para ser publicado en la editorial estatal, donde naturalmente en primera instancia Dorfman y Mattelart habían ofrecido en primera instancia el manuscrito.⁷

El desenlace

La marcha del proceso fue poniendo de manifiesto las contradicciones y los límites en las que se desenvolvía la práctica comunicativa en el marco de una organización cultural heredada y las dificultades políticas generales para las fuerzas progresistas fue polarizando las posiciones en su interior. Si en un primer momento (en el artículo que referimos) Armand Mattelart había formulado la pregunta por la posibilidad de manejarse transitoriamente entre los polos que representaban la lógica mercantil y el proyecto de construcción de una nueva cultura, pronto observará que éstos se tornaban dos proyectos diferentes e irreconciliables. Así, escribían junto a Michèle Mattelart

⁷ Armand Mattelart relata el ofrecimiento a Quimantú en una entrevista con Fernanda Beigel (2005). La primera edición chilena pronto entusiasmaría al argentino Héctor Schmucler quien, siendo su director editorial, lo publicaría en Siglo XXI argentina en 1972. El prólogo de esa edición, de su autoría, se posiciona patentemente en los debates culturales, tanto frente a la derecha como a ciertos sectores de la izquierda (Schmucler, 2002).

tiempo más tarde, en abril de 1972, un artículo publicado en los Cuadernos de la Realidad Nacional donde señalaban la necesidad de delimitar el sentido de las intervenciones culturales, puesto que caracterizaban que hasta ese momento habían coexistido dos proyectos: uno, que trataba de vencer al enemigo en el mercado y “permear” al público “no contagiado”, es decir, los sectores medios que la UP trataba de incorporar al espectro de sus alianzas de clase; el otro, que se planteaba “la necesidad de lograr cierta eficacia en la lucha de clases, vertida en el campo ideológico y cultural, y más generalmente en la lucha por el poder y el avance del socialismo” (Mattelart, Mattelart, 1972). Si bien no podemos desarrollar aquí estos planteos en profundidad podemos decir que los autores señalaban la necesidad de modificar no sólo la forma y el contenido de los mensajes, sino la organización cultural de conjunto donde estos se producían, distribuían y consumían. Sentando las bases para un análisis materialista de la cultura y siguiendo las indicaciones de Antonio Gramsci respecto al carácter de una revista cultural, los Mattelart concluían, al justificar la creación de los talleres populares, que la creación de una nueva cultura requería no sólo la elaboración de una nueva visión de mundo sino de un nuevo modo de organizarla a partir de la participación de los diversos actores sociales. En el fondo, para los autores las diferencias en materia de política cultural expresaban las divergencias respecto a la estrategia política que en ese momento atravesaban la izquierda chilena, entre los partidarios de la vía democrática, por un lado, y los partidarios de la estrategia insurreccional y de construcción de poder popular a la que se acercaban más los Mattelart, por otro (Zarowsky, 2007).

Finalmente: el malentendido

Para concluir, entendemos que sólo si se analiza Para leer al Pato Donald en sus condiciones de emergencia y circulación puede aprehenderse en su justa medida su implicancia y significación, pues, como el propio libro advierte en varios pasajes, la preocupación de Dorfman y Mattelart se vinculaba más al proceso de elaboración de políticas culturales y la discusión sobre su legitimidad que a la reflexión metodológica para el análisis de los discursos de la industria cultural o del efecto de los medios en las audiencias. La disputa era en relación al control y perfil de una industria editorial de entretenimiento altamente extendida en Chile; sólo en ese país los productos del mundo de Disney, señalaban los autores, llegaban cada semana a un millón de lectores (p. 11).

Como no podía ser de otro modo, la difusión internacional de *Para leer al Pato Donald* iba a implicar que, como sostiene Pierre Bourdieu respecto a la circulación internacional de las ideas, el texto circulara “sin su contexto”, es decir, sin importar con él el campo de producción del cual era producto (Bourdieu, 1999). El hecho de que los receptores, estando ellos mismo insertos en un campo de producción diferente, lo reinterpretaran en cada oportunidad en función de la estructura del campo de recepción, no puede ser sino, como afirma Bourdieu, “generador de formidables malentendidos”. Y esta afirmación es pertinente tanto para sus lecturas de entonces como para las lecturas posteriores donde la distancia temporal cumplió el mismo efecto descontextualizador que el de su circulación internacional.

En este sentido, creemos que sería un error buscar en *Para leer al Pato Donald* conclusiones generalizables y trasladables a otras situaciones o prácticas. Dorfman y Mattelart no buscaba un interlocutor y una validación en el campo de la ciencia; es más, en su presentación anunciaban que la labor con la que se proponían continuar era hacer “una amplia divulgación, aún mas masiva”, de las ideas básicas que recorrían el libro, pues, “desafortunadamente” no podían ser comprendidas “por todos los lectores a los cuales [querían] llegar” (p. 10).

Estas observaciones no implican que no pueda volver a revisarse críticamente el análisis propuesto en el libro en términos de sus contenidos. Aunque podamos señalar cierta actualidad de algunas de sus conclusiones en relación al modo de representación de ciertos tópicos por parte de la industria cultural (ausencia o banalización del mundo del trabajo, ausencia del interrogante sobre la generación de riqueza; estereotipos en las representaciones de género o de etnia, etc.), también es cierto que algunas de sus premisas, como la que señala que la clase dueña de los medios de producir la vida también “es la propietaria del modo de producir las ideas, los sentimientos, las instituciones, en una palabra, el sentido del mundo” (p. 152), requerirían, a la luz de las teorías actuales, al menos matizarse. Pero para ser justos, también habría que decir (como ya hemos demostrado en otra parte) (Zarowsky, 2007, 2009), que el propio Armand Mattelart relativizó luego estas afirmaciones durante el mismo proceso chileno.

El mito de *Para leer al Pato Donald* recién empieza a desandarse.

Bibliografía

- ALBORNOZ, C. (2005) “La cultura en la Unidad Popular: Porque esta vez no se trata de cambiar un presidente”, en PINTO VALLEJOS, J. (Coord.), Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular, Santiago de Chile, LOM.
- ALTAMIRANO, C., (2005) “Presentación”, en Para un programa de historia intelectual y otros ensayos, Buenos Aires, Siglo XXI.
- BEIGEL, F. (2005), La conexión Santiago. Transferencias académicas entre Europa y América latina (1957–1973), Buenos Aires, CLACSO, en prensa.
- BERGOT, S., (2005) “Quimantú Une maison d’édition d’État durant l’Unité Populaire chilienne (1970–1973)”, Bulletin de l’Institut Pierre Renouvin, N° 21, printemps 2005. Disponible en <http://ipr.univ-paris1.fr/spip.php?rubrique50>.
- BOURDIEU, P. (1999), “Las condiciones sociales de la circulación de las ideas” Intelectuales, política y poder, Buenos Aires, Eudeba [1990].
- DORFMAN, A., MATTELART, A. (1972), Para leer el Pato Donald, Buenos Aires, Siglo XXI.
- HARNECKER, M., URIBE G., (1971) Explotados y explotadores, Santiago de Chile, Quimantú.
- JOFRÉ, M. (1974), “Las historietas y su cambio. Experiencias prácticas para la transformación de los medios en el Proceso Chileno”, en DORFMAN, A., JOFRE, M., Superman y sus amigos del alma, Buenos Aires, Galerna.
- MALDONADO, C. (1972), “El proceso cultural como incentivador de la praxis”, en Cuadernos de la Realidad Nacional, N°12, CEREN, Universidad Católica, Santiago de Chile, abril de 1972.
- MATTELART, A. (1971), “Lucha de clases, cultura socialista y medios de comunicación de masas”, en Cuadernos de la Realidad Nacional, N°8, Santiago de Chile, CEREN, Universidad Católica.
- MATTELART, A., (1996) “Intelectuales, comunicación y cultura: entre la gerencia global y la recuperación de la crítica”, entrevista en Causas y Azares N°4, invierno 1996, pp. 7–23.
- MATTELART A., MATTELART, M., (1972) “Ruptura y continuidad en la comunicación: puntos para una polémica”, Cuadernos de la Realidad Nacional, CEREN, Universidad Católica, Santiago de Chile, N°12, abril de 1972.
- MOULIÁN, T., (1993) La forja de ilusiones: El sistema de partidos 1932–1973. Ediciones Flacso–Arcis.
- NAVARRO, A. (2003), “Quimantú o la propagación de los niños lectores”, Conferencia dictada el 24 de septiembre de 2003 en la Facultad de Literatura de la Universidad Católica, en <http://arturo-navarro.blogspot.com/2007/11/quimantú-o-la-propagación-de-los-niños.html>, consultado en diciembre de 2008.
- NEIBURG, F., PLOTKIN, M., (2004) “Intelectuales y expertos. Hacia una sociología histórica de la producción del conocimiento sobre la sociedad en la argentina”, en NEIBURG, F., PLOTKIN, M., (compiladores), Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la argentina, Buenos Aires, Paidós.
- NOMEZ, N., (1974) “La Historieta en el proceso de cambio social. Un ejemplo: de lo exótico a lo rural”, en Comunicación y Cultura N°2, Buenos Aires, Galerna.
- PUNTO FINAL, (1972) “Quimantú rompe todos los moldes”, en Punto Final, Santiago de Chile, N° 158, martes 23 de mayo de 1972.
- SCHMUCLER, H. (2002), “Donald y la política”, en DORFMAN, A, MATTELART, A., Para leer al pato Donald, Bs.As., Siglo XXI, [1972].
- SUBERCASEAUX B. (1972), “Para leer al Pato Donald”, El Siglo, Santiago, 16 de enero de 1972.
- VARELA, M. (2010), “Intelectuales y medios de comunicación”, en ALTAMIRANO, (editor del volumen), Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la ‘ciudad letrada’ en el siglo XX, Buenos Aires, Katz.

- ZAROWSKY, M. (2007), “En torno al vínculo entre saber-política en los trabajos de Armand y Michèle Mattelart en el período chileno”, en Cuadernos críticos de comunicación y cultura N°2, Bs.As., pp. 21-40.
- ZAROWSKY, M. (2009), Cultura y política en el laboratorio chileno. Un itinerario intelectual de Armand Mattelart (1962–1973), Tesis de Maestría en Comunicación y Cultura, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, mimeo.